



Don Miguel Ángel Gil, la sonrisa de Dios en Murcia

JOSÉ ANTONIO RODRÍGUEZ GARCÍA

Sacerdote

1. “ERA LA HORA DÉCIMA” (JN 1,39)

El Evangelista San Juan ha dejado plasmada en su Evangelio la profunda impresión que provocó en su vida el primer encuentro personal con Jesús, hasta tal punto que nos refiere incluso la hora exacta de ese momento crucial que cambiaría su vida para siempre: “era la hora décima” (Jn 1,39), aproximadamente, según los expertos, sobre las 4 de la tarde de aquel día.

Al recordar con tanto afecto en estos días posteriores a su muerte a mi tan querido padre espiritual, don Miguel Ángel Gil López, la necesidad de ordenar mis recuerdos y profundos sentimientos de gratitud hacia él, me hacen remontarme a los orígenes de una relación de profunda amistad espiritual y sacerdotal que marcaría definitivamente mi vida para siempre.

Rondaba el mes de septiembre de 1994 cuando el Párroco de mi Parroquia de San Miguel de Murcia, don Narciso Dols Morales, nos envió, a un grupo de jóvenes que acabábamos de recibir el Sacramento de la Confirmación en aquella época, a participar en un Cursillo para Catequistas que había organizado la Delegación de Catequesis de la Diócesis en la Casa de Ejercicios “Sagrado Corazón” de Guadalupe, con el fin de prepararnos para servir de catequistas de apoyo para los niños y los jóvenes de la parroquia. Aquel sabio Párroco, que ya había encendido en mí la llama de la vocación sacerdotal, sabía bien lo que hacía al enviarme al encuentro.

Con apenas 17 años, con el corazón henchido por el reto de poder participar activamente en la aventura apasionante de la evangelización y la transmisión de la fe, este joven que comenzaba a enamorarse de Jesucristo se encontró, en la misma puerta de la Casa de Ejercicios, con un sacerdote singular.

Su cercanía inmediata, su amabilidad, su alegría contagiosa, su capacidad de empatía, su carácter campechano y bonachón, me impactó poderosamente. Paulatinamente, mientras transcurría el Cursillo, lo fui conociendo mejor quedando admirado por su sabiduría, por la frescura y el dinamismo de su manera de enseñar, pero sobre todo por la pasión con la que don Miguel Ángel Gil hablaba de Jesucristo y de su Iglesia. En repetidas ocasiones recuerdo que venía a mi mente y a mi corazón un sentimiento desconocido que me decía: “cuánto me gustaría ser como ese sacerdote”.

En medio de todos los encuentros tuve la oportunidad de hablar personalmente con él e incluso de confesar. Sus palabras iluminaron poderosamente ese momento crucial en el que mi inquieto corazón estaba deliberando qué hacer con mi vida, si ser aviador, ingeniero, médico o, tal vez, quizá, ¿cómo es posible?... ¡sacerdote!

Inmediatamente después de salir del Cursillo hice lo que me mandó don Miguel Ángel, ir directamente, sin perder un minuto, a la Catedral a poner todos sentimientos a los pies de la Santísima Virgen de la Fuensanta. “Ella es experta en esta materia y te ayudará a tener mucha luz para decidir lo correcto”, me había dicho él, y así fue. No falté ni un día de la Novena, con los oídos bien abiertos, y todas las meditaciones sobre la Virgen me hablaban de no temer, de abrir el corazón a la llamada del Señor, de invertir la lógica de este mundo para entrar en la lógica del amor de Dios y del servicio a los hermanos. Me di cuenta de que “no tenía escapatoria”, si Dios me llamaba a pesar de mi corta edad, de mis debilidades y de mis limitadas capacidades, al menos tenía que probar a responder a esa invitación, costase lo que costase.

Así, a primeros de octubre de 1994, de la mano de mi Párroco don Narciso Dols y de don Miguel Ángel Gil, con la imagen de la Virgen de la Fuensanta en mi pecho, y tantos interrogantes en mi cabeza, aquellos sabios sacerdotes me presentaron en el número 22 de la calle de La Gloria, a las puertas del Seminario Mayor de San Fulgencio, para comenzar el Preseminario. Ya nada sería igual, había comenzado la apasionante aventura de ser sacerdote en la cual Dios había designado a don Miguel Ángel como un instrumento privilegiado.

2. DE DISCÍPULO A CATEQUISTA, SACERDOTE Y MISIONERO

Durante más de 25 años don Miguel Ángel ha sido mi confesor y director espiritual. Se podrían contar por miles las horas que el paciente sacerdote

ha estado escuchándome, animándome, corrigiéndome e instruyéndome para no desviarme de la vocación sagrada que Dios me ha confiado. Jamás podré pagarle los sacrificios que ha hecho para estar siempre disponible cuando lo necesitaba, a cualquier hora, en cualquier lugar, estando él sano o enfermo, ocupado o libre, con problemas o sin ellos. ¡Cuántos pesos me ha quitado de encima, cuántas preocupaciones he descargado en él, cuántos entuertos con los que el demonio pretendía confundirme han sido desenmarañados por él!

Su constante presencia en mi vida me hizo poder progresar sin temor en el seguimiento de Cristo. Como sabio maestro artesano supo moldear el corazón imprudente, impulsivo y lleno de ilusiones de este aventurero. Bajo su paciente guía me ayudó a dar varios saltos decisivos en mi vida.

El primero, como ya he dicho, fue el de pasar **de discípulo a catequista**, ayudándome a descubrir la vocación del servicio a la transmisión de la fe a los niños y jóvenes de mi parroquia, aprendiendo ante todo a poner las bases de lo que sería todo el edificio posterior de la vida sacerdotal, el secreto que daría razón a todo lo demás: cultivar cotidianamente la intimidad de amor con Jesucristo y con su Madre Santísima en su Iglesia.

El **segundo** salto fue el de pasar de **catequista a sacerdote**, acompañándome durante los años de formación en el Seminario, ayudándome a discernir y confirmar la llamada de Dios a dejarlo todo y seguirle sin miedos en su Iglesia, olvidándome de mí mismo y configurándome con Jesucristo muerto y resucitado en su entrega amorosa por la salvación del mundo, y desear hacer todo eso con la misma alegría, pasión y dedicación que había visto en mi padre espiritual. Cuando el 8 de diciembre de 2001 él me revestía con la casulla en mi ordenación sacerdotal, no sólo me imponía el ornamento sagrado que me revestía de Cristo, sino que Dios me hizo ver con los ojos de la fe qué estilo de sacerdocio estaba llamando a seguir, el de don Miguel Ángel.

Durante los primeros años de ministerio sacerdotal no me abandonó ni un momento, visitándome frecuentemente y orientándome con la acostumbrada paciencia de un padre bueno. En cada misión que me encomendaba el Señor Obispo me animó a darlo todo para servir a la Iglesia como ella merece y desea ser servida.

Así disfruté mucho de su cercanía espiritual en la Parroquia de San Pablo de Murcia, en Benizar, en El Sabinar, en el Campo de San Juan y en el Calar de la Santa, donde todavía hoy permanece su huella imborrable. Con tantas ocupaciones que tenía no escatimó esfuerzos para venir a predicar una fiesta patronal, para presidir una celebración penitencial, para orientarnos con las obras de restauración de los templos, para celebrar la Misa de Gallo o el Triduo Pascual en una de las parroquias o simplemente para escucharme en confesión. En más de una ocasión se llegó incluso a quedar incomunicado en aquellas montañas por la nieve.

Cuando me enviaron a estudiar a Roma tampoco me abandonó, a pesar de la distancia. Raro era el día que no hablábamos por teléfono para contarle todas mis batallas romanas. En varias ocasiones me visitó en la Ciudad eterna y, aprovechando la presencia de su tan querido amigo, Mons. Francisco Lerma, bajo la supervisión de la venerada experiencia del P. Antón Martínez Riquelme, me enseñaron a “aprender de Roma” más allá del obligado ámbito académico, vibrando con los testigos de la fe de aquella Iglesia bimilenaria, sobre todo con el amor y la devoción al Sucesor de Pedro y su solicitud por la Iglesia universal.

Pero todavía quedaba otro paso definitivo en mi vida sacerdotal en el que don Miguel Ángel sería de nuevo instrumento privilegiado de Dios. Era el **salto misionero al servicio de la Iglesia universal**. Cuando el Señor Obispo, don José Manuel Lorca Planes, me comunicó que debía dejar Murcia para ir a la Pontificia Academia Eclesiástica, la escuela del personal diplomático de la Santa Sede, se me cayó el mundo encima. Mons. Lorca me animó a descubrir la llamada como una vocación misionera, un servicio que Pedro pedía a nuestra Diócesis, y como él me decía “al Santo Padre no se le puede negar nada”. Aunque no podía dar a conocer la noticia hasta que fuese definitiva, el Señor Obispo me concedió la autorización de poder sólo hablar del tema con don Miguel Ángel.

Una vez más sus sabias orientaciones fueron decisivas. Me escribió varias cartas animándome a “poner la mano en el arado” sin volver la vista atrás (Lc 9,62), a servir a la Iglesia como ella quiere ser servida, a entregarme al santo abandono del que dejando atrás “casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijo o tierras” por Jesucristo cree que recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna (Mt 19, 29), a despertar en mi corazón vivos sentimientos misioneros para ir sin temor por todo el mundo a anunciar el Evangelio, con la confianza de que Cristo mismo “está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).

Determinante sería la participación, en mayo de 2010, en la peregrinación diocesana a Mozambique para la Consagración Episcopal de Mons. Francisco Lerma Martínez, elegido por el Santo Padre como Obispo de la Diócesis de Gurué en aquel País. Animado por don Miguel Ángel tuve el honor de acompañar a Maputo a nuestro Obispo, Mons. José Manuel Lorca, junto a la hermana del nuevo Obispo, doña Fina Lerma y su familia, y una nutrida representación de sacerdotes murcianos. A lo largo del viaje don Miguel Ángel no perdió ninguna ocasión para transmitirme la belleza del servicio misionero de la Iglesia, mostrándome el vivo ejemplo de aquellos testigos de la fe que habían dado su vida por llevar el Evangelio a todos los rincones del vivo continente africano. Fue además la ocasión propicia para poder conocer de cerca el trabajo de una Nunciatura Apostólica por primera vez en mi vida.

Al regreso de Mozambique don Miguel Ángel me acompañó a Roma al coloquio final con los Superiores de la Secretaría de Estado donde quedó decidido, en junio de 2010, el ingreso en la Pontificia Academia Eclesiástica. Puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que, si no hubiese sido por la delicada, inspiradora y persuasiva asistencia espiritual de don Miguel Ángel, difícilmente yo habría sido capaz de dejar mi familia, mi amada Diócesis, mis amigos y mi querida tierra murciana para embarcarme lleno de amor por la Iglesia en aquella nueva cruzada misionera.

Al regreso a Murcia, después de hablar con el Señor Obispo, quedaba todavía una parte más difícil, la de comunicárselo a mi familia. Tampoco en ese momento don Miguel Ángel me abandonó, y con sabias palabras llenas de afecto y consideración hacia mis padres, me ayudó a darles la noticia de que marchaba a Roma, y después de unos años, si Dios lo disponía así, hasta los confines del mundo. Él los animó a descubrir en esta llamada la voluntad de Dios que pedía a mi familia ser de nuevo generosa con la Iglesia, con la confianza de que el Señor los bendeciría, y así lo vieron ellos con la gracia de Dios. Siempre estaré en deuda con don Miguel Ángel, pues tras mi marcha estuvo siempre muy cercano y atento a mis abuelos, a mis padres y a mis hermanos, acompañándolos con esmero en los momentos difíciles en los que yo estaba lejos.

Después de recibir mi primer destino en Nigeria don Miguel Ángel no dudó en sortear las dificultades del camino para visitarme, junto con mi madre y el sacerdote murciano, apenas ordenado, Ángel Molina Casalins. Fue para mí una gran alegría y un profundo consuelo.

Desafortunadamente su estado de salud le impidió cumplir su anhelado deseo de regresar a Honduras, mi siguiente destino, tierra visitada, conocida y amada por él donde había trabajado junto a su compañero, nuestro querido e incansable misionero Pepe Gómez, dirigiendo cursillos para los catequistas y Delegados de la Palabra. Desde la lejanía siguió siendo para mí luz, faro y guía hasta que el Señor lo llamó a su presencia.

3. “SU AFÁN, PREDICAR A CRISTO. SU AMOR, LA IGLESIA Y LAS ALMAS”

Como si de un nuevo san Juan de Ávila se tratase, la estela evangelizadora y catequética de don Miguel Ángel Gil superó con creces los límites de Murcia. No sólo fue apóstol de Andalucía, trabajando con ahínco en las comisiones y encuentros catequéticos de la Provincia Eclesiástica de Granada y de las Diócesis del Sur, sino que además recorrió prácticamente España entera dando cursillos, formando catequistas, predicando ejercicios y asesorando a la Diócesis. Su

apreciado servicio como Director Nacional de Secretariado de Catequesis de la Conferencia Episcopal Española dejó una profunda huella entre los Delegados de Catequesis de todo el territorio nacional, así como en la reflexión catequética de la Iglesia española.

Al regresar de estudiar Catequética en Roma en 2008, fue para mí un auténtico placer trabajar a su lado en la Delegación Diocesana de Catequesis, recorriendo las zonas pastorales para reunirse con los catequistas de las parroquias, escuchando sus dificultades, animándolos a superarlas con fe y esperanza, profundizando en su formación y dándoles herramientas para afianzar su vocación evangelizadora indispensable dentro de la Iglesia. Me atrevería a decir que casi conocía a cada uno de los catequistas de la Diócesis. En los Encuentros Diocesanos de Catequistas don Miguel Ángel supo infundir en ellos la hermosa visión de comunión eclesial que les hacía vibrar con el corazón del Obispo, ayudándolos a sentirse miembros de una misión conjunta de la familia de la Iglesia diocesana y universal. Con los envíos de catequistas se adelantaba ya a la reciente decisión del Santo Padre de crear el ministerio de catequista. Don Miguel Ángel nos repetía sin cesar que uno no “hacía” de catequista, unas horas o un día a la semana, sino que nos invitaba a “ser” catequistas, a que ese hermoso ministerio configurase toda nuestra vida como una verdadera vocación.

Buscando a tiempo y a destiempo cómo ayudar a los catequistas, a los párrocos y a las familias en la transmisión de la fe, elaboró y renovó innumerables materiales catequéticos, fundados en la pedagogía de la fe y articulados para transmitir de una manera bella y sencilla la experiencia de fe de la Iglesia en todo su esplendor. Sus más de 40 años al frente de la Delegación le valieron el título de “Padre de la Catequesis en Murcia” y “Adalid del Catecismo de la Iglesia Católica”.

Don Miguel Ángel tenía además la capacidad de crear lazos de verdadera fraternidad sacerdotal con todo tipo de sacerdotes y sus familias. No conozco otra persona capaz de llevarse bien, de mantener una profunda amistad y de aglutinar a la vez a sacerdotes mayores y jóvenes, tradicionales y liberales, eruditos y sencillos, rurales y urbanos. Para él la comunión sacerdotal estaba por encima de modas, opiniones o tendencias, pues tiene un origen, un fundamento y una meta sacramental sagrada. Desde esa convicción sabía servir a todos sin esperar nada a cambio, interesarse por cada uno, atender a sus necesidades y gozar de su hermandad en la dimensión de la fe y de la caridad pastoral. Esa relación no sólo se extendía a los sacerdotes individuales, sino también a sus familias y a sus parroquias o ambientes de servicio pastoral. Él nos enseñaba que el primer feligrés de la parroquia era el cura de la parroquia de al lado, y que cuando un sacerdote necesita ayuda, hay que dejarlo todo para salir a su encuentro.

Así era don Miguel Ángel, sabía darse sin medida. Tenía claro que la vida era para gastarla por el Evangelio y por la Iglesia y que la medida verdadera de la experiencia cristiana era la santidad. Todo lo demás era perder el tiempo y las energías. Desde esta convicción se dedicó a construir puentes, a afianzar la comunión eclesial, a buscar a los alejados de la Iglesia, a convertirse en una viva imagen de Cristo Buen Pastor para todo el que se encontraba con él.

Caminar con él por las calles de Murcia era un verdadero espectáculo. A don Miguel Ángel lo paraban y lo saludaban con admirable afecto personas no sólo de la esfera eclesiástica, sino de todos los ámbitos del mundo civil, desde los mendigos de la calle a los que conocía personalmente por su nombre, hasta policías, catedráticos de la universidad, sindicalistas, médicos, profesores, barrereros, obreros, periodistas, músicos y artistas, políticos de un signo y de otro. No hacía acepción de personas, trataba por igual a hombres y mujeres, ancianos, adultos, jóvenes o niños. Por esta razón no podía pasar inadvertido de ningún modo. A todos trataba con cariño, por todos se interesaba, a todos quería llevar el amor de Cristo.

A lo largo de todos los Cursos de Cristiandad que dirigió y coordinó como Consiliario, supo llegar a tantos corazones alejados que hallaron en Cristo un nuevo sentido a sus vidas. No se cansó de llamar a todas las puertas para que el Movimiento siguiera más vivo que nunca, permaneciendo fiel a su más genuina vocación dentro de la Iglesia.

Particularmente fecundo fue su nombramiento como Vicario para la Vida Consagrada en la Diócesis. Se volcó en visitar los Monasterios de Clausura y las Casas de los Religiosos y Religiosas, en asistirles en todas sus necesidades espirituales y materiales, respetando su autonomía. Cada comunidad lo sentía como algo suyo. Supo alentarles en las dificultades, animándolos a seguir profundizando en la originalidad de sus carismas y a buscar, con radicalidad evangélica, ser signo de la belleza del Cielo en esta generación. Procuró asistir a todas las elecciones de Superiores y Superiores, trató por todos los medios de participar en los funerales de los hermanos y hermanas que dejaban este mundo, se hacía presente con gozo en las celebraciones de Profesión Temporal o Perpetua de los nuevos religiosos y religiosas.

Su nombramiento como Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Murcia fue un merecido reconocimiento que el Señor Obispo hizo a la venerada trayectoria sacerdotal de don Miguel Ángel. A pesar de comenzar ya a sentir en esa época las flaquezas de su enfermedad, aprovechó todas sus energías en servir con verdadero celo apostólico en el primer templo de la Diócesis y en el Santuario de Nuestra Señora de la Fuensanta. Encargado por el Cabildo del culto de la Patrona de Murcia, el nuevo Canónigo se entregó a revitalizar el

amor a la Morenica, cuidando con esmero los actos de devoción en honor de la Reina del Cielo, facilitando la participación en la Eucaristía y en el sacramento de la Penitencia a tantas almas que se acercaban a la Virgen en búsqueda de consuelo, misericordia y esperanza.

Sin embargo, don Miguel Ángel tenía reservada una última llamada a servir. Al final de sus días tendría que llevar a cabo el acto más sublime de su vida sacerdotal: configurarse ontológicamente y corporalmente con la pasión redentora de Cristo por la salvación del mundo. Afligido por una despiadada enfermedad que fue arrancando sus fuerzas día a día, sólo una cosa no pudo quitarle: su ardiente amor por Jesucristo, por su Madre Santísima y por la Iglesia. Asociándose a Cristo en la Cruz, sin perder la sonrisa ni un solo día, quiso ofrecer todas sus fatigas por su amada Iglesia, sabiendo que ni una gota de aquel sufrimiento podía perderse. Era su última y más perfecta catequesis que todos guardaremos eternamente en nuestro corazón.

La verdadera santidad de cada uno sólo Dios la conoce. De don Miguel Ángel podemos afirmar con rotundidad, sin embargo, que fue un sacerdote que creyó en la santidad, que generó infinitos frutos de santidad a su alrededor y que quiso con corazón sincero aprovechar todos los medios que Dios le daba para vivir la plenitud del amor en santidad. Como decía santa Teresa de Jesús, refiriéndose a san Pedro de Alcántara, “no está ya el mundo para sufrir tanta perfección”. En los tiempos inciertos en que vivimos, la revolución de amor que ha supuesto para todos nosotros la vida y el ministerio de don Miguel Ángel constituyen un signo inequívoco de que Dios no abandona a este mundo loco, sino que todavía hoy continúa enviando a heraldos de su amor para encender con el fuego regenerador del Espíritu Santo la faz de la humanidad herida que vive en esta tierra.

Con toda la Diócesis, una multitud de Obispos, sacerdotes, misioneros, religiosos y religiosas, seminaristas, catequistas, matrimonios cristianos, ancianos, jóvenes y niños, hombres y mujeres de buena voluntad, nos unimos a la acción de gracias a Dios por el don inmenso que ha supuesto para la vida de la Iglesia, y para cada uno de nosotros en particular, haber conocido, amado y aprendido tanto de don Miguel Ángel.

Que Dios todopoderoso y su Madre Santísima le concedan el premio de la bienaventuranza eterna que tanto amó, esperó y predicó con su vida y con su ministerio.

¡Gracias Miguel Ángel! ¡Gracias por haber sido para nosotros un verdadero padre! ¡Gracias por mostrarnos el camino del Cielo! ¡Gracias por tu eterna bondad! ¡Gracias por haber sido la sonrisa de Dios para Murcia!